

gocio ventajoso. Tratábase de un vasto terreno que los sucesores de Steno poseían en Roma en los arrabales, entre la Puerta Salara y la Puerta Pía, medio abandonado, y que el difunto Cardenal Steno, tío del Conde Miguel, había comenzado á plantar. El tal terreno había sido arrendado por parcelas á hortelanos y jardineros, siendo estimado á lo que se llama allí el precio de la viña, es decir, á unos cuarenta céntimos el metro cuadrado. El banquero ofreció cuatro francos bajo el pretexto de que iba á establecer una fábrica en aquel sitio. Era una gruesa suma. Pidió la Condesa un plazo de veinticuatro horas para pensarlo, y rehusó, lo que admiró á los hombres de negocios. En 1882 vendía aquel mismo terreno á cien francos metro. Había comprendido, estudiando un plano de Roma y pensando en la Italia moderna, que los nuevos señores de la Ciudad Eterna pondrían toda su ambición en reedificarla, y que la parte comprendida entre el Quirinal y las dos puertas, Salara y Pía, sería uno de los puntos principales de aquel desarrollo, y que la venta le produciría entonces una suma mucho más grande que la ofrecida, si sabía aguardar. Y había aguardado, aplicándose á vigilar la administración de sus bienes como el más rígido de los intendentes, mejorando los arrendamientos, tapando los agujeros como vulgarmente se dice con beneficios inesperados. Había vendido en 1875 á la *National Gallery* una serie de cuatro cuadros de Carpaccio, encontrados en una de sus casas de campo, en ciento veinte mil francos. En una palabra; había sido tan activa y práctica en su vida material como corrompida y audaz en su vida sentimental, ó más bien galán. La leyenda que contaba cómo había engañado á Steno con

Werekiew en San Petersburgo, donde el diplomático estaba agregado desde el primer año de su matrimonio, fué confirmada por la ligereza de su conducta, de la que pronto dió evidentes pruebas. En Roma, donde habitaba una parte del año, después de la venta de sus terrenos, de los que se había reservado una parte para construir aquella doble casa, había continuado su vida de Venecia, administrando su fortuna con igual inteligencia. Una imposición de su dinero en *Acqua Marcia* le hizo doblar en cinco años el enorme beneficio de su primera operación. Y lo que probará más aún la fuerza singular de su buen sentido cuando se trataba de cosas independientes del amor, es que después de estas dos ganancias se había detenido, precisamente en la época en que la aristocracia romana, poseída del delirio de la Bolsa, comenzaba á especular con los valores subidos á su más alto precio. Pasar la noche en la villa de Steno después de haber pasado la mañana del día anterior en el palacio Castagna, era realizar una de esas paradojas de sensaciones contradictorias, de las que tanto gustaba Dorsenne, pues el pobre Ardea se había arruinado por querer hacer algunos años más tarde lo que la Condesa había hecho en el momento oportuno. También él había esperado que los terrenos subieran, pero los compró á setenta francos el metro, y en el año 90 no valían más que á veinticinco. También había calculado que Roma se agrandaría, y sobre aquellos terrenos, á tan alto precio adquiridos, comenzó á edificar calles enteras, imaginando que llegaría á ser, como los duques de Bedford y de Westminster en Londres, un propietario de inmensos barrios. Los contratistas le robaron; acabadas las casas, no se alquilaron. Para terminar las

otras había pedido dinero á préstamo. Jugó á la Bolsa á fin de pagar sus deudas; perdió; contrajo otras nuevas para abonar las diferencias. Su firma, como había referido groseramente el dueño del Marzocco, corrió el mundo bajo las formas varias de la fatal, inexorable letra de cambio. El resultado fué que en todas las paredes de Roma, incluso las de la calle del Veinte de Septiembre, cartelones de diferentes colores anunciaban la venta, merced á los cuidados del caballero Fossati, de la colección y de los muebles reunidos en el palacio Castagna.

—Prever es poder—se decía Dorsenne, llamando á la puerta de la señora Steno, y resumiendo así la invencible asociación de ideas que acababa de recordarle el palacio del arruinado Príncipe romano ante la villa de la veneciana triunfante:—He aquí el verdadero alfa y omega. Aquí tienen la manía de poner estas dos letras en todas las alhajas. Debían añadir este comentario...

La comparación entre el destino de la señora Steno y el del heredero de los Castagna, casi había ya hecho olvidar al inconstante escritor su proyecto de información sobre el autor de las cartas anónimas; y debía imponérsele aún más cuando penetró en el *hall*, donde todas las noches recibía la Condesa. En efecto, el propio Ardea se encontraba allí en mitad de un grupo compuesto de Alba Steno, de la señora de Maitland, de Fanny Hafner y del riquísimo Barón que, de pie él solo y apoyado en una consola, parecía un indulgente y honrado viejo, dispuesto á bendecir aquella juventud. No se asombró Julián de ver tan pocas personas en el vasto salón, como tampoco del aspecto de aquella pieza llena de antiguas telas, de bibelots, de flores, de mue-

bles y de divanes con innumerables almohadones. Había tenido todo el invierno para observar, con la conciencia de tapicero que distingue á los novelistas modernos, aquel sitio semejante á cien otros de Viena, Madrid, Florencia y Berlín, de todas partes, en fin, donde una señora más ó menos cosmopolita procura realizar el ideal de la elegancia parisiense.



Habíase distraído durante innumerables noches en separar, en aquel decorado casi internacional, los rasgos locales, los que distinguían aquella pieza de todas las demás del mismo género. Ningún ser humano llega á ser original en absoluto ni en su habitación ni en su modo de escribir. El novelista había reparado en que aquel salón llevaba el sello de una fecha, la del último

viaje de la Condesa á París en 1880, como se advertía en el peluche y la seda de los grandes cortinones. El tono general, donde dominaba el verde, impertinencia egoísta en casa de una rubia, acusaba á Italia; como también la Italia se encontraba en el suelo pintado, con friso que corría alrededor, como en los cuadros distribuidos aquí y allá, y que sólo se encontraban en las ventas del Hotel Drouot ó de los aficionados parisien- ses. Había dos tablas de Moretto de Brescia, con el segundo estilo del maestro, estilo llamado de plata, á causa de la fluidez dulce y transparente del colorido; una *Comida en casa de Faraoón y un Jesús resucitado en la ribera*, que no podían provenir más que de un viejo palacio y de una antigua familia. Dorsenne sabía esto como sabía también la razón de que encontrase casi vacío en aquel momento del año este *hall* tan animado durante todo el invierno, y por el que había visto desfilar un verdadero carnaval de visitantes de paso, grandes señores, artistas, hombres políticos, rusos y austriacos, ingleses y franceses. La Condesa estaba lejos de ocupar en Roma la posición social que hubieran debido asegurarla su inteligencia, su fortuna y su nombre. Siendo de soltera una Navajero, unía en su blasón á la cruz de oro de aquel Sebastián Navajero que subió el primero á las murallas de Lepanto, la estrella del gran Dux Michel. Pero un rasgo de su extraño carácter le había siempre impedido tener éxito en este punto: no podía soportar disgusto ni contrariedad, por una parte; y por otra, no poseía vanidad alguna. Era positivista y apasionada al modo de esos grandes negociantes á los que sus combinaciones sirven para asegurarles mejor sus placeres. Nunca la señora Steno había sabido, por

ejemplo, gastar para quien no le gustaba sino en interés de sus pasiones. Nunca había desplegado diplomacia alguna en los cambios de sus amores, que habían sido numerosos, hasta el caso de Gorka, al que fué fiel durante dos años, ¡cosa inverosímil! Jamás había observado la menor mesura cuando se trataba de ir al objeto de su deseo. Por otra parte, no tenía en Roma para sostenerla ningún miembro de aquella gran familia á que pertenecía, y no estaba unida á ninguno de los grupos en que se divide desde el 70 la sociedad de la ciudad. De espíritu moderno y de costumbres atrevidas para afiliarse al mundo negro, no había sido aceptada por la mujer admirable que reina en el Quirinal, y que ha sabido imponer en su torno una atmósfera de noble elevación. Estas diversas causas hubieran traído una especie de medio ostracismo, de no adelantarse á ello la Condesa, formando una sociedad aparte, compuesta casi únicamente de extranjeros. El ir y venir de las caras nuevas, lo imprevisto de las conversaciones, el encanto de las relaciones sin deberes, todo en aquella sociedad movable agradaba á la sed de diversión que se unía en aquella naturaleza poderosa, espontánea y casi virilmente inmoral, á un concepto muy exacto y muy justo de la realidad. Si Julián quedó un momento sorprendido á la puerta del *hall*, no fué, pues, por encontrarle una vez más en despoblado por ser el fin de la estación, sino por ver entre los amigos íntimos á aquel Pepino Ardea, al que no había encontrado en todo el invierno. Y realmente, no era el más á propósito para encontrarse en sitios nuevos, aquel momento en que el comisario tasador tenía levantado un martillo sobre todo lo que había formado el orgullo y el esplendor del

nombre del Príncipe; pero realmente también el último sobrino de Urbano VII, sentado entre la sublime Fanny Hafner, de azul pálido, y la linda Alba Steno, de rojo, y enfrente de la señora Maitland, tan graciosa con su vestido malva, no tenía la fisonomía de un hombre herido por la adversidad. La luz de las lámparas, sabiamente distribuída, esclarecía con delicado reflejo el orgulloso perfil del joven, que no había perdido nada de su altiva alegría. La fatuidad y la bondad eran las notas dominantes en aquel rostro. Los ojos, muy negros, muy brillantes y muy movibles, parecían, en la misma mirada, despreciar y sonreír, mientras la boca bajo el bigote obscuro, mostraba desdén y glotonería, un pliegue de disgusto y de sensualidad á la vez. La barba afeitada mostraba matices azulados que acababan de dar al tono general de su rostro una expresión de fuerza, desmentida por el talle algo delgado y demasiado nervioso. El heredero de los Castagna iba vestido con esa anglomanía particular á ciertos italianos, que siempre desentona un poco, como el salón de la Condesa. El príncipe llevaba muchos anillos en sus dedos, un ramo exagerado en el ojal, y sobre todo hacía demasiados gestos para permitir con su tez obscura una ilusión de un momento sobre su nacionalidad. Fué el primero del grupo que vió á Julián, y le dijo, ó más bien le gritó familiarmente:

—¡Calla, Dorsenne! Creí que se había usted marchado. Hace quince días que no le he visto á usted por el círculo.

—Habrá trabajado—respondió Hafner—en alguna nueva obra maestra, en alguna novela que pasa en el mundo romano; estoy seguro. Desconfíe usted de él

Príncipe, y ustedes, señoritas, desarmen al retratista.

—Yo—respondió Ardea riendo—le daré notas sobre mí—si él quiere. Le ilustraré su novela con fotografías que he hecho en otra época. Mire usted, señorita—añadió volviéndose á Fanny—también así se arruina uno. Tenía yo la manía de las instantáneas... Un jueguecillo inocente, ¿verdad? Pues me ha costado treinta mil francos por año durante cuatro.

Dorsenne había oído decir que entre Ardea y sus amigos era cosa corriente tratar ligera y vanalmente del desastre que caía sobre la familia Castagna en su último y único vástago. No sospechaba desenvoltura semejante. Quedó tan desconcertado, que olvidó contestar al epigrama de Hafner como lo hubiera hecho en otra ocasión. El antiguo fundador del *Crédito-Austro-Dálmate* manifestaba siempre que podía su gran aversión por el novelista. Los hombres de su especie, profundamente cínicos y calculadores, temen y desdeñan á la vez cierta literatura que les parece anuncia verdades peligrosas de escribir y muy medianas en atención al razonado modo de proceder que ellos profesan en la práctica. Por otra parte, poseía demasiado tacto para no comprender la repulsión instintiva que inspiraba á Julián. Pero para Hafner toda la fuerza social estaba sujeta á una tarifa, y el éxito literario tanto como otro cualquiera. Tuvo miedo, como la víspera en la escalera del palacio Castagna, de haber ido demasiado lejos, y añadió, poniendo familiarmente sobre el hombro del escritor su mano de largos dedos, que no daba nunca entera, como si escatimase el apretón de manos.

—Lo que admiro más en él, es que se deja molestar por profanos como nosotros sin incomodarse nunca. Es

el único autor célebre y sencillo á la vez que he conocido. Pero es algo más que un autor. Es un verdadero hombre de mundo.

—¿No está aquí la Condesa?—preguntó Dorsenne dirigiéndose á Alba Steno y sin responder á la cortesía del Barón, como tampoco había respondido á su malicia ni al ofrecimiento grotesco del Príncipe. La ausencia de la señora Steno le había de nuevo llenado de aprensiones, que la joven disipó contestando:

—Mi madre está en la terraza. Hemos tenido miedo de que hiciese demasiado fresco para Fanny.

La Condesita había dicho esto sencillamente, mientras se daba aire con un abanico de plumas blancas finas y rizadas. Cada movimiento del abanico hacía agitarse como una aureola sus cabellos rubios, que formaban bucles sobre su frente, un poco alta. Julián la conocía demasiado para no comprender, sin embargo, que su voz, su gesto, su mirada, todo su ser, en fin, indicaban una nerviosidad que en aquel momento llegaba al dolor. ¿Estaba aún bajo la impresión del disgusto de la víspera, ó era presa de uno de esos inexplicables sentimientos que habían llevado á Dorsenne, en sus meditaciones de la noche, á tan extrañas sospechas? Estas volvieron, con el sentimiento de que, entre todas las personas allí presentes, Alba era la única cuyo aspecto parecía indicar que conocía el drama que sin duda se preparaba. Prometiéndose buscar en seguida una vez más la palabra del vivo enigma de aquella joven. ¡Qué bella le pareció con aquella expresión que le daba una apariencia casi trágica! Los ángulos de su boca caían un poco; el labio superior, algo corto, descubría los apretados dientes, y en su pálido rostro ¡había una

amargura tan precozmente dolorosa! ¿Por qué? No era el momento de pretender averiguarlo. Antes que nada, el joven debía ir á saludar á la señora Steno á la terraza, que terminaba en un paraíso de voluptuosidad italiana, el salón amueblado al estilo de París. Algunos arbustos se agitaban en grandes tiestos de barro cocido. Varios tiestos se dibujaban sobre la balaustrada, y más allá los pinos parasoles de la villa Bonaparte cortaban con sus negras copas un cielo de un azul aterciopelado bordado de estrellas. Un vago aroma de acacias que llegaba de un jardín próximo flotaba en el aire, que tenía la suavidad de una gasa: tan ligero, acariciador y cálido era. Aquella atmósfera dulce bastaba para convencer de la mentira de la Condesita, que había evidentemente querido justificar el que su madre y Maitland estuviesen solos. Los dos amantes encontrábanse, en efecto, el uno cerca del otro, en el perfume, el misterio y la soledad de aquella obscura y apacible terraza. Dorsenne, que llegaba de la plena luz del salón, tardó un rato en distinguir en la penumbra las facciones de la Condesa, que, vestida de blanco, estaba tendida en una meridiana de paja guarnecida de almohadones de seda. Fumaba un cigarrillo, cuyo fuego, á cada aspiración, la aclaraba lo bastante para hacer ver que, á pesar del fresco de la noche, su hermoso cuello largo y flexible, rodeado de un collar de perlas, estaba desnudo; desnudo el nacimiento de su garganta y de sus hombros; desnudo su admirable brazo, que aparecía lleno de brazaletes fuera de la manga ancha y flotante. Al aproximarse Julián, reconoció, entre los olores vegetales de aquella noche de primavera, el olor particular del tabaco de Virginia que usaba la señora